

CONFERENCIA INAUGURAL DE JORDI GRÀCIA¹

La tensión de la ruptura. Cultura y estado

Me voy a permitir empezar con una provocación: ¿tanto ha tardado la iniciativa de hacer una reunión académica en torno a diseño y franquismo? El tema es extremadamente productivo pero los adjetivos que ha utilizado Isabel Campi en su introducción delataban los prejuicios que ha habido que combatir. Como ha dicho, es un tema incómodo, difícil, desagradable y oscuro. ¿Por qué? ¿Qué tiene de oscuro, desagradable y difícil?

Aunque a veces resulte chocante, llevamos cuarenta años de democracia, si por democracia entendemos el respeto a las instituciones creadas desde 1978 y la conservación y ampliación de las libertades desde entonces. A pesar de los reveses, llevamos exactamente los mismos años de democracia que de franquismo. Y es verdad que la democracia ha tenido épocas de todo tipo, como la de ahora, en la que tenemos la sensación de que hay una especie de descomposición institucional, sistémica y hasta simbólica, del propio aparato democrático.

Pero estaría bien pensar que los 40 años del franquismo no fueron tampoco iguales en todos sus tramos. No es lo mismo hablar del franquismo en 1939, en 1956, en 1962, en 1969, y desde luego no lo es hablar del auténtico final del franquismo, que es cuando Franco ya no está vivo. El auténtico final se llama diciembre de 1978, cuando se aprueba una Constitución que deroga el sistema legal del franquismo y, por lo tanto, releva en términos jurídicos, políticos, democráticos y europeos, el sistema franquista. Lo que no hace es depurar ni expulsar a los policías, comisarios y funcionarios, los jueces que por oposición han ganado sus plazas, los catedráticos de universidad plenamente franquistas que siguen ejerciendo como catedráticos de universidad, en la medida en que ganaron sus oposiciones en 1942, 1944, 1960, 1965, y que siguen en sus puestos tras la muerte de Franco.

Es verdad, eso no se hizo. No se hizo una limpieza general de cargos públicos y funcionarios. Ni en la policía, ni en la judicatura, ni en la universidad. Por tanto, se mantuvo esa continuidad de personas en el sistema democrático. Lo que no se mantuvo es la legislación franquista en ninguno de los ámbitos fundamentales y el resto de Europa aceptó (con cautela) que a partir de la constitución de 1978 el Estado español era emparentable en términos de democracia y de libertades al resto de países europeos. Es más evidente todavía a partir de 1982, cuando ganan las elecciones generales los socialistas por una abrumadora mayoría absoluta. En ese momento, evidentemente y de

¹ El texto reproduce la transcripción revisada de la intervención oral (10 de marzo de 2018).

forma simbólica, rotunda, se acaba el periodo de sospecha, de transitoriedad, de duda democrática sobre si España iba a ser capaz o no de construir una democracia representativa equiparable a la Europa contemporánea. Porque, por supuesto, toda Europa y Estados Unidos ponían en duda que los clásicos cafres españoles fueran a ser capaces de construir los procedimientos civiles, legislativos y electorales para consagrarse como una democracia moderna. Los españoles habíamos dado pruebas consistentes de lo contrario, y las suspicacias, las reservas, el escepticismo sobre la capacidad de construir una democracia eran altísimas.

¿Por qué estoy empezando con un discurso tan poco vinculado a la cultura, a lo intelectual, al diseño, ni a nada por el estilo? Quizás porque a lo mejor deberíamos empezar a aceptar que es parte de una cultura democrática la existencia de dos niveles asimétricos de conocimiento del pasado: uno de carácter más popular y otro reducido al ámbito académico.

Hoy vivimos en pleno discurso de descalificación del valor de la Constitución democrática y de la transición en la España de hace 40 años, alimentado por una nueva izquierda que va desde Comuns a Podemos, o a sectores socialistas que sienten hoy que ese pasado fue un fraude, que creen que la creación de la democracia fue una claudicación al capitalismo, a la socialdemocracia, a la derecha europea. Lo paradójico es que sigue vigente también un discurso todavía más obsceno, intelectualmente obsceno, desde mi punto de vista. Ese discurso tiene que ver con que el franquismo, por lo visto, fue fundamentalmente algo parecido a la lápida que sepultó físicamente a Franco en noviembre de 1975: una sustancia metafísica idéntica a sí misma durante 40 años. El franquismo, por lo visto, no padeció ni la erosión del tiempo, ni el cambio de regulación de poderes, ni por lo visto vivió los cambios que vivió el Occidente en el que estuvo integrado. Por lo visto, también fue irrelevante el hecho de ser aceptado internacionalmente por Estados Unidos y el Vaticano desde 1953. Eso no afectó al franquismo. Por supuesto, tampoco le afectó el hecho de que a partir de 1959, es decir, 20 años después de la victoria de la alianza nacional-católica, oligárquica, financiera, fascista del año 39, 20 años después, decidan programar una especie de adaptación del Estado español a la lógica del sistema capitalista que rige en la Europa que venció en la Segunda Guerra Mundial.

Por lo visto, tampoco cuenta algo a lo que aludía Isabel Campi hace un momento. El Congreso por la Libertad de la Cultura fue efectivamente un invento de la CIA de 1949, concebido para contrarrestar la hegemonía que el discurso intelectual comunista estaba teniendo en Europa. Estados Unidos lo ha detectado y ha decidido combatirlo creando una especie de *lobby*, lo que hoy llamaríamos una institución global, que es el Congreso por la Libertad de la Cultura: consiste en contrarrestar la hegemonía de los comunistas en todos los países europeos, a través de financiación de la CIA, fingidamente a través de Fundaciones privadas como la Rockefeller. Pero todo era mentira, ellos canalizaban el dinero de la CIA, cosa que se supo en 1967.

El programa consistía en construir un discurso público e intelectual de signo prodemocrático y pro-liberal, a menudo enfáticamente anticomunista. Y España también estuvo ahí. España también fue parte del programa de la acción del Congreso por la Libertad de la Cultura, aunque sin la complicidad del régimen. En Cataluña, un nombre que más evidentemente conectamos de inmediato con el antifranquismo y la lucha por las libertades, es Josep Maria Castellet. Fue el editor responsable de Edicions 62, que es, o mejor dicho ha sido, la editorial más importante en Cataluña durante mucho tiempo. Castellet era uno de los peones fundamentales del Congreso por la Libertad de la Cultura aquí, como lo fueron en el resto de España gentes como José Luis López Aranguren o Dionisio Ridruejo. Las cosas funcionaron hasta que se descubre el pastel, cuando *The New York Times* publica en 1967 que la financiación del congreso procede de la CIA, y eso produce un desconcierto total en gente como Castellet y otros, que renuncian a la vez a seguir involucrados en sus actividades.

Pero eso vale también para liberales, en el sentido más prototípico, como Julián Marías. Ahora está ya muy olvidado, pero tuvo un papel muy relevante en los años del franquismo, no precisamente por cómplice del franquismo, sino por ser alguien que mantuvo la tradición del liberalismo de preguerra, habiendo aspirado a ser funcionario, catedrático de la universidad española, y sin poderlo ser porque el propio régimen le impidió serlo. No le dejó ni defender la tesis doctoral. ¿Por qué? Porque la tesis era sobre un católico heterodoxo. Bastaba eso para que el régimen pusiese sus propios límites e impidiese que alguien como Julián Marías pudiese ser relevante en la España franquista.

Pese al evidente desorden expositivo, conviene cuestionar las razones historiográficas de la condena de la democracia como fraude, por parte de la izquierda más conectada con la actualidad, y conviene al mismo tiempo condenar la simplificación grotesca, vejatoria, de los 40 años de franquismo, como si de verdad esos 40 años de franquismo hubiesen sido una imperturbable continuidad de opresores reaccionarios, tradicionalistas, nacional-católicos y alérgicos a la modernidad. Y aquí es donde quizás podemos empezar a introducir los matices.

El primer matiz es apabullante, pero tendemos a olvidarlo. Efectivamente, la dictadura de Franco fue inaceptable desde cualquier punto de vista, hasta el final. Y por eso acabó asesinando a cinco presos en septiembre de 1975. Franco estaba suficientemente vivo como para firmar las condenas de muerte. Pero ¿podemos recordar, al mismo tiempo que, bajo la dictadura de Franco, bajo una estructura de poder autoritaria, primero inequívocamente totalitaria y fascista, después claramente autoritaria, la gente fue capaz de encontrar sus rutas, sus grietas, sus cuevas, sus circuitos, sus canales, para no ser solo obedientes a la represión, el miedo y el dictado que procedía de la voz oficial del franquismo? ¿Podemos empezar a aceptar que, a partir de los años 50, de principios de los años 50, hay una renovación biológica, generacional, de la sociedad española?

Esto significa que empiezan a convertirse en adultos los nuevos universitarios del franquismo, por supuesto procedentes de minorías burguesas, medio alto burguesas

(naturalmente, nadie iba a la universidad si no era medio alto burgués). Esa renovación biológica está protagonizada por jóvenes que a menudo proceden de familias de la derrota, familias que han heredado la derrota, pero mucho más frecuentemente provienen de hijos de familias de la victoria. ¿Podemos aceptar que a partir de los años 50 está empezando a engendrarse algo parecido a una quiebra colectiva, minoritaria, pero colectiva, generacional? La conjetura consiste en preguntarse si su mundo era el único mundo posible en la Europa de la posguerra. Los muchachos socializados bajo el régimen franquista son miembros del Sindicato Español Universitario, de filiación obligatoria pero conviene dudar que todos esos muchachos fueran fervientes falangistas, gente dispuesta a jalearse al régimen, o incluso creyentes en la doctrina falangista.

En 1965, en Buenos Aires, Francisco Ayala –que es un exiliado de primera generación, y que había sido un hombre importante antes de la guerra y asesor jurídico de la República– escribe un ensayo muy corto en el que formula una pregunta: “¿Qué está pasando con la juventud universitaria española –por supuesto minoritaria– para que desde su punto de vista esté viviendo los mismos conflictos que vive la juventud británica, alemana, francesa o italiana?”. ¿Cómo han conseguido escapar a la burbuja pretendidamente hermética que el franquismo había creado en términos programáticos, fascistas primero, nacional-católicos después? ¿Cómo han escapado a eso, qué les ha ayudado, qué han hecho, de dónde han sacado las fuentes de información, los modelos, los referentes internacionales? ¿Cómo han recuperado el pasado liberal de la República, cómo han recuperado incluso el pasado de la tradición ilustrada? ¿Cómo han escapado a un programa de socialización concebido para fidelizarlos al régimen?

Eso es lo que deberíamos contestar o a eso intenté contestar en un par de libros, *Estado y cultura* y *La resistencia silenciosa*. La mayor parte de nosotros no tiene memoria del franquismo duro pero sí de la democracia. Si tenemos que aludir a los nombres mayores en arquitectura, en novela, en poesía, en ensayo, en diseño, en teatro, en escultura, en cine, vamos a tener que nombrar a creadores que se fabricaron, que crecieron, que se formaron, bajo el franquismo y contra el franquismo. Eso vale desde Antoni Tapies a Josep Guinovart. ¿Hace falta que recordemos cuándo empieza a pintar Guinovart, dónde y con quién? Pues eso fue en los años 50. Y eso vale para Feito, vale para Millares. ¿Y para Juan Antonio Bardem, y Carlos Saura, y Antonio Saura? ¿Dónde rueda Luis Buñuel *Viridiana*? ¿En México? No, en Madrid. El régimen le da permiso para estar seis meses en Madrid.

Espero que nadie tenga la tentación de creer que estoy siendo indulgente con el régimen franquista. En absoluto. Cero. Nada. Ninguna indulgencia. Lo que no acepto es la mentira o el chantaje de deplorar el régimen franquista durante 40 años como si no hubiese habido personas, sujetos, equipos, redes intelectuales, artísticas y creativas, capaces de subvertir el orden franquista fingiendo aceptarlo, utilizándolo, soportándolo, y en gran medida combatiéndolo. Si alguien cree que la fundación en 1955 de una colección llamada Biblioteca Breve, en Seix Barral, tenía algo que ver con cooperar con el régimen franquista es que no ha entendido nada del funcionamiento subterráneo de la cultura bajo el franquismo.

El punto central es la terrible y común confusión entre cultura del franquismo y cultura bajo el franquismo. ¿Quiénes son los chavales que fundan en 1955 la colección Biblioteca Breve? Son escritores que se llaman Carlos Barral, Josep Maria Castellet, Jaime Gil de Biedma, Gabriel Ferrater, Joan Ferraté, José Agustín Goytisolo, Juan Goytisolo, Antonio Vilanova, Joaquín Marco... Jóvenes de treinta y pocos años, que tienen la fabulosa ventaja (en su mayoría: no es el caso de Marco) de haber nacido en la burguesía catalana y son naturalmente vencedores de la Guerra Civil. Nacen allí, pero en un determinado momento de su primera madurez, empiezan a sospechar que con sus propias vidas pueden hacer algo distinto que seguir siendo leales, obedientes y sumisos al discurso que engendra un aparato bestial de propaganda que se llama franquismo. Como son hijos de buenas familias, conocen idiomas, y aprovechan las becas que el régimen franquista da para formar a sus élites intelectuales. Todos, y todos es todos, tienen su beca para estancias en París, en Berlín, en Roma... Todos los que he nombrado, incluido Juan Marsé, que también se incorpora al grupo aunque no pertenezca ni a la burguesía ni a la victoria.

Este grupo hace Biblioteca Breve, con la ayuda, además, de un hijo de exiliado tan relevante como Jaime Salinas, que acaba de regresar, y la estrecha colaboración de un veterano republicano represaliado, Joan Petit. A lo mejor ahora nos parece que Biblioteca Breve es arqueología cultural, pero el nivel de impacto que tuvo la colección, no en la Barcelona o la Cataluña de entonces, sino en la España de 1956 hasta 1970, fue tan trastornador, tan brutal, que hasta un falangista doctrinal como Carlos Vález —que probablemente no os suene de nada, pero era el director de una revista culturalmente impresionante, *Acento cultural*, entre 1958 y 1961, y perteneciente al falangista SEU—, se rindió a Biblioteca Breve, e hizo todo lo posible para que estos muchachos de Biblioteca Breve colaborasen en la revista. Incluso el falangismo nuevo de los años 50 entendió que el proyecto falangista en términos puramente fascistas era ya una forma de reaccionarismo conservador. Y fueron estos falangistas quienes buscaron la cooperación con estas nuevas gentes inconformistas (como dijo entonces Castellet), que nadie sabía cómo llamar, pero que era evidentísimo que no eran ni falangistas, ni franquistas.

Pero lo habían sido casi todos, y casi todos habían formado parte del sistema. Cuando eran estudiantes escribían en las revistas de los años 40 falangistas. Pero van creciendo. Va creciendo Castellet, va creciendo Barral, va creciendo Gil de Biedma, van creciendo muchos otros nombres. Digo estos porque son los más famosos, también cuando en embarcan en la creación de otra espléndida revista cultural, *Laie*, sobre todo entre 1952-1953, también oficial, hasta que se emancipan a través de Biblioteca Breve.

Una buena parte del impacto de esa biblioteca, sin embargo, procede de las portadas, el diseño de las portadas, con una sobrecubierta fotográfica, habitualmente de Oriol Maspons y Xavier Miserachs, cuando todavía no eran Oriol Maspons y Xavier Miserachs. El secreto era que eran libritos en formato de bolsillo, porque la colección la copiaron de la Austral, que se funda en el 1937, en plena Guerra Civil, en Buenos Aires. Lo que tiene Carlos Barral en la cabeza es hacer una colección de bolsillo parecida: nada de tapa dura, nada de precio caro. En rústica, en formato pequeño, con

sobrecubiertas que eran fotografías que ocupaban entera toda la portada, con el nombre del autor, el título de la novela y debajo el logo de la editorial.

La gente joven, lo que entonces se llamaron los inquietos, identificó antes que cualquier otra cosa un diseño novedoso en la mesa de una librería: unas portadas raras para unos libros rarísimos, casi siempre extranjeros. Eran tan raros como raro y culto era que ese equipo de chavales, todos poetas por cierto, que se atrevieron a publicar traducidas en España las novedades de la literatura italiana, francesa, alemana, norteamericana, británica. O ensayos sobre arte moderno, sobre escultura, sobre nueva literatura norteamericana. Aquí no había entonces nadie que editase la joven literatura de ningún sitio. Se editaban los clásicos y los éxitos de librería, pero las apuestas estéticas, las apuestas novedosas, eso no lo editaba nadie o casi nadie. Tuvieron que llegar unos muchachos cultos y de buena familia, capaces de leer en italiano, en francés, en inglés o en alemán, para constituir un consejo editorial que programase su actividad, con figuras tan sobresalientes como Como Gabriel Ferrater, que leía cualquier cosa y poco menos que en cualquier idioma imaginable.

Es un equipo de primerísimo nivel, metido en medio de la más siniestra España. Eso es pleno franquismo duro, sin paliativos, sin reservas. Bajo ese franquismo hegemónico está naciendo la colección editorial más moderna de la España contemporánea, desde la guerra hasta el año 1970. Y no me lo estoy inventando: quienes reconocen que esa es una colección moderna a la altura de Europa se llaman Einaudi, Feltrinelli, Rowohlt, Gallimard. Es decir, los primeros editores de Italia, de Francia, de Inglaterra y Alemania. Son ellos los que toman a Biblioteca Breve y a Carlos Barral como par, como hermano, como cómplice.

Y naturalmente Carlos Barral, que era un seductor profesional, consigue engatusar a estos editores europeos para fundar un premio internacional que ensanche algo más las fronteras de la cultura literaria de la España contemporánea, no solamente el premio Biblioteca Breve que recordareis todos, porque lo han resucitado ahora aunque no tenga nada que ver con aquel. Pero basta un mínimo repaso para darse cuenta de lo que movilizaron: entre 1958 hasta 1969 lo ganaron autores que habéis leído todos: Juan García Hortelano, Mario Vargas Llosa, Juan Marsé, Guillermo Cabrera Infante, Juan Benet. Pero el primero fue Luis Goytisolo con *Las afueras*, que es una primera novela de 1958 impresionante, y que no sólo está cuestionando sino dinamitando la legitimidad del régimen franquista. Y es una novela premiada: con entrevistas en la prensa, con comentarios de crítica bajo la peor espesura dogmática de la España de Franco.

No hace falta que subraye los incesantes rifirrafes, peleas y enfrentamientos de Seix Barral con la censura franquista. Los tenemos documentados, hay cartas, algunos informes están publicados y sus responsables también, porque algunos han sido protagonistas de la democracia: Carlos Robles Piquer, cuñado de Manuel Fraga Iribarne, era el jefe de censura y Fraga era su jefe, el ministro. Y Fraga hizo de ministro sometiendo a una estrecha vigilancia las actividades de la editorial y los manuscritos de la editorial, con incesantes revisiones, tachaduras, denegaciones de permisos. A Cabrera

Infante, por ejemplo, le censura de tal modo la novela ganadora que decide reescribirla poco menos que entera, *Tres tristes tigres*, mientras Ana Maria Matute tuvo que esperar medio siglo para publicar una novela suya sin las tropelías que la censura quiso hacer en ella.

Da la impresión de que demasiadas veces somos cautivos de discursos extremadamente simplificadores sobre una dinámica cultural extremadamente compleja, donde las negociaciones y la actividad cultural se juegan perpetuamente en un doble nivel. El de lo público, lo oficial, lo respetable, lo aceptable, por un lado, y por el otro el de lo real, es decir, aquello que la gente escribía de verdad, leía de verdad, conseguía filtrar de verdad. Para explicar las distintas fases que vive el franquismo, no solamente en términos políticos, que me parecen mucho menos relevantes, sino en términos de transformación interior de la sociedad que vive bajo el franquismo, hemos de aceptar algo parecido a un esquema que reconozca el peso de lo público e inevitable. Casi nadie fue ni mártir, ni héroe, ni está a sacrificar su vida en razón de sus convicciones. La mayoría de la gente no hizo de héroe, por fortuna, y prefirió pactar, negociar, transigir. Pero hoy ya sabemos qué es lo que pensaban debajo de esa asfixia, lo que creían a pesar de no decirlo, lo que soñaban aunque fuese en silencio, no solo los creadores literarios, sino una vastísima nómina de gente que consiguió transformar por dentro al franquismo sin lograr arruinar la estructura franquista.

Y termino con un ejemplo que alcanza casi hasta la actualidad y relacionado con el diseño o, mejor, con diseñador gráfico, Daniel Gil. Fue el responsable del auténtico éxito fulgurante, apabullante, de una colección pequeñita, que se llamó Libro de Bolsillo, fundada en 1966 por Alianza Editorial. Por supuesto que su éxito depende de la selección del catálogo, de haber publicado a Nietzsche, a Sartre, a Proust, a Freud, a Kafka a Flaubert, a Baroja en formato barato, de bolsillo y fiable. Pero sin las innovadoras, revolucionarias portadas de Daniel Gil, esa colección no hubiese sido el icono editorial que durante una época, los años setenta y ochenta, identificó y señaló socialmente quién estaba “on” y quién estaba “off”, para decirlo en un lenguaje típico de la época. Llevar un *Lobo Estepario* de Hermann Hesse en la guantera del coche, dejar una obra de Nietzsche indolentemente sobre la mesa, llevar bajo el brazo *El Proceso* de Kafka: esto era Libro de Bolsillo. Javier Pradera, que fue el codirector de Libro de Bolsillo con Jaime Salinas, nunca olvidó que la condición que puso Daniel Gil para hacerse cargo de las portadas fue que nadie, jamás, retiraría una portada suya. Ni José Ortega Spottorno, el hijo de José Ortega Gasset y fundador de Alianza Editorial, ni por supuesto Pradera o Salinas, ni desde luego el buen o mal gusto del autor del libro. El que mandaba en la portada era de principio a fin su diseñador gráfico, Daniel Gil.

Muchas gracias.